

segun diré con S. Juan al fin del capitulo, era una cosa muy conveniente que para que se efectuase de todo punto, hubiera un padre y una madre, ambos celestiales por su origen y extraccion, que por un modo santo y celestial engendrasen para el cielo los hijos de salud, los criasen y los pertrechasen de todas las cosas necesarias hasta ponerlos en estado y hacerlos gozar de la herencia que su nacimiento espiritual les habia adquirido.

IX. De todos estos modos puede llamarse la Virgen la madre de todos los hijos de salud y el principio de la felicidad eterna de todos los predestinados; y por todos estos titulos, sin hablar ahora de los demás, le convienen los hacimientos de gracias y los actos de reconocimiento que le presentarán ellos mientras esten en posesion de esa dicha. Esto es en cuanto á todos los escogidos en general: ahora hablemos de los que pertenecen á la madre de Dios por titulo de favor especial.

S. III.—Que es de un modo especial el principio de la felicidad eterna de los suyos.

I. No puedo demostrarlo mejor que ateniéndome al orden de la predestinacion y á las cuatro acciones de que la compone S. Pablo, y haciendo ver que la virgen Maria es de un modo particularisimo el principio de la eleccion, de la vocacion, de la justificacion y de la glorificacion de los suyos; por donde aparecerá claramente que es de una manera muy especial el principio de la felicidad eterna de los suyos.

II. Comenzando por la eleccion, ¿qué inconveniente puede haber en decir que así como Dios en la eleccion de los escogidos fué movido por la pasion y los méritos de su amado hijo, así tambien los trabajos previstos y los méritos anticipados de la Virgen como unidos á los de su hijo le sirvieron de motivo, aunque en un grado

muy inferior á aquellos? Y pasando mas adelante, ¿á quién parecerá mal si digo que previendo Dios la benévola inclinacion que ella habia de tener un día hácia algunos, para remunerarla hizo desde luego particularisimamente eleccion de ellos como de una tropa escogida y otras tantas criaturas de la madre de su hijo? Yo así como no intento obligar á nadie á creer esto, tampoco veo ningun inconveniente en que los siervos zelosos de la Virgen se fijen en ese pensamiento, no menos provechoso al que hace el favor, que al que le recibe; porque ¿en quién termina felizmente toda la gloria de los santos sino en aquel de quien la tienen, por quien la poseen, y en testimonio de cuya grandeza quieren gozar de ella? El Padre eterno ¿podia remunerar á su hijo en consideracion de sus méritos con ninguna cosa que le obligase mas que con las mercedes hechas á su queridísima madre por amor de él? ¿Qué premio mas agradable de todos sus afanes, de su pasion y muerte que ver recibir á ella los primeros provechos? ¿No hay motivo de presumir que Dios que preparaba gracias mucho mas relevantes á la Virgen, como son ser madre de Dios, medianera del mundo y reina del universo, no le negaria esta, que es mucho menor que las nombradas? ¿Por qué no he de poder decir yo que la razon pedia que nuestra señora como reina madre y reinante tuviese su corte y séquito aparte de la de su hijo, aunque todos los súbditos de este sean al mismo tiempo los suyos por todo derecho? ¿Y dónde se ha visto jamás formar la servidumbre de una reina sin dejarle la eleccion de sus oficiales ó por lo menos saber que le son agradables? O á mí me lisonjea demasiado mi pensamiento, ó tengo la razon de mi parte, todo para honra de la madre de Dios y felicidad eterna de la tropa escogida, en quien recayó la preciosa eleccion de nuestra reina incomparable. ¡Oh santa compañía! ¡Oh tropa singularmente amada

del cielo! ¡Qué feliz eres por estar tan íntimamente unida á la madre comun de todos los escogidos! Así no ahorres trabajo, ni fatiga para promover y preparar la honra de aquella á quien tienes tantas obligaciones, y pues estás destinada á componer el coro que ha de bendecirla eternamente, comienza desde ahora á alabarla sin cesar, á darla á conocer en la tierra y á ganarle todos los siervos que puedas.

III. En cuanto á la vocacion y justificacion, que propriamente son las que afianzan nuestra eleccion, hablando con el apóstol S. Pedro, lo restante de este tratado se dirigirá en su mayor parte á hacer ver con qué cariño paga la Virgen á los suyos. Por ahora me detendré en un solo pasaje, que se le apropia por comun consentimiento de todos los pueblos cristianos, y es aquel lugar del Eclesiástico que dice: «Entonces mandó y me dijo el criador de todas las cosas, y el que me crió, descansó en mi tabernáculo y me dijo: Habita en Jacob, y ten tu herencia en Israel, y echa raíces en mis escogidos (1).» Sabido es que los escogidos del Señor son comparados á las arenas del mar en los sagrados libros. El maestro enviado del cielo lo dice claramente en la parábola de la semilla buena y de la cizaña, donde el padre de familia concluye con estas palabras: «Coged primeramente la cizaña y atadla en manojos para quemarla; mas el trigo recogedle en mi granero (2);» es decir, recoged los escogidos en el cielo. Este era el asunto ordinario de las predicaciones del santo precursor, cuando decía que el Salvador tenia ya la criba en la mano para acibar su grano y separar la paja destinada al fuego, guardando el trigo para su abastecimiento. Y en verdad si el redentor de los hombres aun

(1) Eccli., XXIV.

(2) Mat., XIII.

en dicho suyo fué el verdadero grano de trigo, que debia de ser arrojado en tierra para que muriese y se arraigase; ¿no pide la razon que sus escogidos, que deben de amoldarse á él, sean otros tantos granos de trigo y mueran tambien á su modo para brotar y crecer á la vida eterna? Pero ¡ah! ¡qué de riesgos correrian esos pobres granos entre tantos otros que caen sobre las piedras, son arrebatados por los pájaros ó sofocados por las espigas y quedan infructiferos, si el cuidado caritativo de la ecónoma de su salvacion no interviniese para ponerlos en tierra buena, proporcionarles las lluvias, las nieves y el sol en sus estaciones y hacer que arraiguen, á fin que puedan resistir á todas las injurias del tiempo!

IV. Como alguno deseará saber qué raíces son esas que la Virgen hace echar á sus mas queridos hijos, digo que son los medios con que afianza su salvacion coadyuvando al cumplimiento de su predestinacion. Si se quieren informes mas particulares, ella misma nos los dará. «Yo soy la madre del amor hermoso, del temor, del conocimiento y de la santa esperanza (1).» Así hace hablar la iglesia á nuestra señora. Esas son cuatro raíces firmes, que echa muy hondas en los corazones de sus devotos para fijarlos inmutablemente en la prosecucion de su eterna bienaventuranza, y cuatro señales que les deja para darles la confianza de conseguirla.

Primera raíz.

V. La primera es cierta conducta de amor, que me parece ser como la librea de los hijos de la Virgen, en los cuales he creido siempre que imprime cierto carácter, al que no puede darse otro nombre mas propio que

(1) Eccli., XXIV.

aquel. Si se repara en el espíritu de la madre de Dios, no se hallará aspereza ni desabrimiento; al contrario una amable dulzura y unos principios propios de un corazón noble y deseoso de agradar á Dios por él mismo. Ese espíritu, que por lo comun comunica á los suyos, los inclina á no gobernarse tanto por el temor de los terribles castigos de Dios cuanto por los suaves atractivos de su bondad y fidelidad; y como ellos tienen el corazón así dispuesto hácia Dios, quiere también que le tengan de igual suerte para con el prójimo. «Buena está la soldadura (dice Isaías en boca del artífice de bronce), y lo aseguró con clavos para que no se moviese (1).» S. Bernardo observa (2) que unos están atados al bien con cuerdas, esto es, con la consideración de la honestidad y de la virtud y con la esperanza del salario: otros están agarrados con clavos, que son el honor y el temor de las penas; y algunos con engrudo, que es el mas puro y sincero. Los primeros están reciamente apretados, los segundos mucho mas, y los terceros no sienten ninguna violencia. Los primeros se despegan con facilidad, porque las ligaduras se rompen ó se deshacen: los segundos sufren con disgusto el estar mucho tiempo en tanta sujeción: los últimos no solo se sostienen sin trabajo, sino que lo que mas temen, es la separación. Ese es el estado de los hijos de la madre de amor. Considerémoslos en todo su porte y veremos que están teñidos de ese tinte de amor, y que todos se sienten de cierto aire apacible y bondadoso, que es el aire del paraíso. No me alargó mas acerca de esta amorosa conducta, porque ya se ofrecerá ocasión de tratar expresamente de ello en otro lugar (3).

(1) Isai., XLI. lorum, clavorum et glutinis.
 (2) Serm. 4 de diversis, (3) En el capítulo siguiente
 de triplici coherentia vincu- y en el 4 del trat. 4.

Segunda raíz.

VI. La segunda raíz es un respeto cordial y un temor filial que la madre de bondad infunde en el alma de sus amados hijos; de donde nace un espíritu de reverencia y un temor de desagradarla á ella ó á su hijo. Es propiedad de buenos hijos poner todo su conato en no causar ningun disgusto á sus padres, y se mueren de pesar cuando creen haberlos ofendido ó contristado. Yo no sé si me equivoco; pero nunca me he persuadido á que pueda entrar la verdadera devoción de nuestra señora en una alma, ni tomar posesión de ella la madre de amor sin echar pronto esta raíz, que á mi ver es una de las mas firmes seguridades de nuestra salvación. Siempre me acordaré del prudentísimo consejo que el papa S. Gregorio VII, impertérrito defensor de los derechos é inmunidades eclesiásticas, daba á la condesa Matilde: «¿Qué quereis que os diga, mi amada hija, de la madre de Dios, á quien os he encomendado, os encomiendo y os encomendaré hasta que tengamos la dicha de verla juntos en el cielo? ¿Qué quereis, repito, que os diga, viendo que el cielo y la tierra no cesan de alabarla, aunque no lo hagan como se merece? Solo os diré una palabra, y os suplico la guardéis bien en vuestro corazón: que tanto como se aventaja á todas las madres del mundo en grandeza, amabilidad y santidad, tanto mas bondadosa y cariñosa se muestra con los que verdaderamente arrepentidos de su vida pasada se echan sin temor en sus brazos. Tened solamente una firme resolución de no ofender á Dios: derramad vuestro corazón y llorad con plena confianza delante de ella; y empeño mi palabra de que no habreis tenido jamás una madre ni tan propicia para recibirlos, ni tan tierna para amarlos como ella (1).»

(1) Lib. I, cap. 47.

Tercera raiz.

VII. La tercera raiz se llama el conocimiento, y es el que nos hace tomar de su amado hijo y el que le da á él de nosotros comunicándole buenas noticias de nuestra conducta. Con efecto así como el Salvador ponía todo su empeño en dar á conocer su padre celestial á los apóstoles y reciprocamente recomendaba éstos á su padre con tanta bondad y cariño suplicándole que los amara por amor de él, así la Virgen, que sabe muy bien que toda la dicha de los suyos consiste en estar en gracia de su hijo procura por todos los medios imaginables dársele á conocer, infundirles aficion á su conversacion y amistad y una completa confianza en él y sus méritos, y por otra parte se ocupa en alcanzarles sus favores y granjearles su afecto. ¡Oh qué estrecha es esta obligacion! ¡Oh qué grandemente afirma esta raiz la esperanza de nuestra salud eterna! Madre santísima, pues te dignas de interceder propicia por nosotros, no recurriremos ya á S. Felipe, como hicieron algunos gentiles para tener entrada á la presencia de tu hijo, sino que iremos en derechura á tí para decirte que deseamos conocer á Jesus y ser conocidos de él, amarle, ser amados de él y tenerle por nuestra única felicidad: que nos reciba en el número de aquellos á quienes por amor tuyo se complace en hacer partícipes de sus misericordias.

Cuarta raiz.

VIII. La cuarta raiz, que por lo comun se hace mas palpable á los corazones devotos de Maria, es una secreta pero firme confianza que les da de asistirlos y no abandonarlos jamás. Esta confianza se funda en el titulo de madre que lleva, y madre de amor y bondad; se confirma

por la experiencia de tantos siglos en que se ha acreditado como inconcusa la máxima de que no puede venir mal á quien recurre á la madre de Dios; estriba en las seguridades que nos dan sus fieles siervos y especialmente el devoto S. Anselmo, diciendo que así como no puede menos de perecer aquel de quien aparta los ojos la madre de misericordia, de la misma manera aquel á quien recibe bajo de su proteccion, no puede tener mejores arras de su salvacion. Se afirma por la creencia de que están en su mano y á su disposicion los tesoros de las gracias y méritos de su hijo, y está fundada en el valimiento que tiene con Dios, el cual decreta favorablemente todos sus memoriales y cumple todos sus deseos. En realidad siempre que encuentro una alma que es de la madre de Dios, me parece que veo á otra valerosa Susana ir al lugar del suplicio sin creer que haya de morir ó que Dios haya de permitir la opresion de la inocencia. Por mas razones que se aleguen, me parece que nunca se me podrá apartar de esta confianza para hacerme dudar de su auxilio ó temer que quiera ella consentir en mi ruina. ¿Y por qué he de temerlo mientras tenga la voluntad de salvarme, viendo que nada desea tanto mi Dios y que mi redentor derramó toda su sangre por merecer mi salvacion? ¿Se avendria la madre de bondad á mi perdicion y á firmar la sentencia de mi condenacion? Si ella quiere, lo consiento; pero con la condicion de que se escriba sobre mi sepultura que la reina del cielo ha permitido se condene un pobre siervo suyo, el cual habia puesto toda su confianza despues de Dios en ella y habia tenido siempre un deseo cordial de servirla. Pero ¿qué dirá la posteridad al leer ese escrito? ¿A qué se determinarán los que deseaban servirla? Las buenas almas ¿sufrirán una inscripcion tan contraria al comun sentir de los pueblos, tan poco adecuada á la bondad de Dios y tan perjudicial á la salud de las almas, que habiendo perdido todas las demás

esperanzas creen tener aun un asilo seguro en la fidelidad de la madre de Dios? Si esta confianza no hubiese echado todavía profundas raíces en el ánimo de alguno, sirva el ejemplo siguiente para figurarse lo que haría la Virgen por sus más queridos hijos, cuando tanto hizo por una persona que había abusado largo tiempo de sus gracias.

IX. Vicente, obispo de Beauvais, lumbrera refulgente de la orden de predicadores, que vivía en el reinado de S. Luis, y varón de quien dice Tritenio que no tuvo igual en su tiempo, escribe que en la diócesis de Langres había una señora casada que hubiera llenado de confusión á muchos religiosos: tal era su ahinco para emplearse en ejercicios de devoción y penitencia y en obras de caridad. Pero como Dios solo conoce el interior de los corazones, aquella piadosa mujer ocultaba una úlcera interior capaz de corromper todas sus buenas acciones, y era un pecado cometido en su juventud que nunca se había atrevido á confesar, aunque concluían todas sus confesiones con estas palabras acompañadas por lo común de lágrimas y suspiros: De todos estos pecados y de los demás que he omitido, me acuso á Dios y á vos, padre. Fuera de eso tenía una confianza muy particular en la madre de Dios, á quien veneraba con diversas devociones, y cuando encontraba alguna imagen de ella ó se postraba delante de sus altares, se deshacía en llanto, se acusaba de su pecado, pedía perdón de él y la gracia de no condenarse por ese motivo. Su confesor, que al verla padecer aquella pena sospechaba estuviese atormentada de algún mal interior, la instó un día para que fuera á confesarse con un monje benedictino que moraba allí cerca, varón de gran virtud y fama. Hizolo la señora así; pero con tan poco consuelo como recibía de sus confesiones ordinarias. Singular poder de la vergüenza que el enemigo de nuestra felicidad va introduciendo hasta en aquellas

almas que observan arreglada conducta; especialmente cuando creen haber granjeado alguna fama de virtud. Por fin la vergüenza que se apoderaba cada vez más de aquella pobre alma y la impedía de hablar, llegó al extremo de que ni el temor de la muerte próxima le dió valor para desatar su lengua y confesar el pecado oculto. Ella moría transida de dolor, no quedándole otra esperanza de salvación que una centella de confianza en la madre de Dios. Para abreviar muere, y al punto la cogen los demonios y con grande grito y feos improperios le ponen delante el pecado de su juventud ocultado siempre y las confesiones sacrilegas hechas desde entonces. Ella se ve en medio de tales monstruos y confusa y amilanada no se atrevía á implorar á su abogada; mas la miraba con el corazón traspasado de sentimiento. En el mismo instante llega la madre de misericordia, que hasta entonces había impetrado la suspensión del juicio de aquella alma, y dirigiéndose á los monstruos les dice: Desesperados, ¿cómo teneis valor para poner la mano en mi sierva? ¡Tu sierva! responde uno de la turba: ¿y con qué título das ese nombre á la que toda su vida ha seguido nuestros consejos y hasta en el mismo instante de la muerte se ha dejado llevar de nuestras sugerencias? No me toca á mí daros cuenta, responde la Virgen: ella es mi sierva; salid de aquí. Y volviéndose hácia su hijo le pide perdón para aquella pobre alma sobrecogida de terror y espanto. Venerada madre mía, le dice el Salvador, bien sabes que sin confesión no hay esperanza de salvarse y que aquella ha de hacerse en vida. No obstante porque no me es permitido negarte nada, vengo por respeto tuyo en que esa alma vuelva á su cuerpo y borre sus pecados con la penitencia. Dicho esto, la madre de Dios la encomienda á un ángel de su comitiva para que la lleve á su cuerpo. La señora resucitada con gran admiración de su familia manda llamar al

confesor y declara su pecado oculto. Como la fama del milagro se hubiese extendido por todas partes, acudió mucha gente á ver aquella maravilla, y ella desde el lecho de muerte manifestó á todos el poder incomparable de María santísima contando por su orden cuanto queda referido, que de otro modo no se hubiera sabido jamas: despues inclinó blandamente la cabeza y se durmió con el sueño de los justos. Bien sé que estos son casos privilegiados y que de ellos no debe de sacarse otra consecuencia que esta: que si la madre de misericordia no puede consentir la perdicion de los que se precipitan de suyo, mucho mas deberá de cuidar de sus queridos hijos.

X. La conclusion de todo este discurso es que el último sello que nuestra buena madre pone á la predestinacion de ellos y el que los encamina en derechura al cielo, es la perseverancia ó penitencia final que no dejan de conseguir jamás por su intercesion, porque el decreto de su salvacion es irrevocable y no puede faltar la palabra del Espiritu santo: «Sabemos que todo aquel que es nacido de Dios, no peca; mas el nacimiento que tiene de Dios, le guarda, y el maligno no le toca (1);» es decir segun la atinada explicacion de S. Bernardo (2) que el que es nacido de Dios por la predestinacion eterna, no persevera jamás en su pecado de suerte que la muerte le sorprenda en él, porque la adopcion celestial le libra de esta desgracia final, y el decreto del que conoce á los suyos por la ciencia de aprobacion, no puede ser anulado, ni impedido. Pero no nos engolfemos mas en este discurso: en el capitulo XIII tendremos ocasion de hacer ver las maravillas de la caridad de la madre de Dios en asistir á los

(1) I Joann., V.

(2) Serm. 4 de diversis, de triplici cohærentia etc.

suyos en la hora de la muerte, que tan importante es para la salvacion eterna.

SEGUNDA ESTRELLA

ó grandeza de la corona de bondad de la madre de Dios.

CAPITULO III.

QUE ES UNA MADRE DE AMOR PARA LOS SUYOS.

Lo primero que dice el Espiritu Santo en elogio de nuestra señora en el pasaje citado, es que es la madre del amor hermoso. Y á la verdad que no podia discurrir cosa mejor, porque esta es la primera prenda y la propiedad mas insigne de una madre. Asi entremos con gusto en este asunto deleitable, que nos hará ver á la madre del amor hermoso en su origen, en sus efectos y en sus calidades.

§. I.—Que la Virgen santísima es la madre del amor hermoso en cuanto al origen del mismo amor.

I. Discurriendo Pausanias acerca del amor en el banquete de Platon enseña que hay dos madres del amor, la una hija del cielo y la otra de la tierra. Aquella siempre se siente de su primera extraccion y de su antigua nobleza; esta como es de origen bajo, fácilmente se envilece. Aquella desprecia el cuerpo y forma una union indisoluble con el alma; esta no puede levantar sus pensamientos, ni contraer amistad mas que con el